



jesús ARTACHO

# FUERA DE LUGAR

elvo  
EDITORIAL  
NARRATIVA



ELVO Editorial  
info@elvoeditorial.com  
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: septiembre, 2023.

© Jesús Artacho.  
© ELVO Editorial.  
© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscuat.  
© fotografía de solapa: José Luis de la Torre.  
© fotografía de portada: Florencia Viadana  
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1351-2023  
ISBN: 978-84-126692-5-1



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, dirijase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.



*A todos aquellos que, pese a merecer otra cosa,  
nunca gozarán de un buen lugar en este mundo.*

**FUERA  
LUGAR**

eivo  
EDITORIAL

*Me gustaría que me dijeras cómo hace uno para saber  
cuál es su lugar. Yo por ahora no lo tengo.*

*Adolfo Aristarain  
(Un lugar en el mundo)*

*Lo intentaste. Fracasaste. Da igual. Prueba otra vez.  
Fracasa otra vez. Fracasa mejor.*

*Samuel Beckett*

*Quien tiene la costumbre de salir de la oficina a las seis, y por cualquier motivo sale un día a las cinco, siente con toda seguridad una fiesta mental y algo así como pena por no saber qué hacer de sí mismo.*

Fernando Pessoa  
(*Libro del desasosiego*)

Es el día de su cumpleaños. A primera hora de la tarde, el jefe se planta frente a su mesa de trabajo.

—Gamboa... —comienza.

Mirándose los zapatos impolutos, le manifiesta el aprecio que por él tienen en la empresa, tras cinco años remando juntos, y de forma inopinada, cediendo a un raptó de compasión por la triste estampa del empleado, lo invita a tomarse la tarde libre.

Sin dar mucho crédito, Gamboa se lo queda mirando, algo obtuso, y trata de asimilar la noticia. Sin esperar respuesta, el jefe —que vuelve a mirarse los zapatos— da media vuelta y desaparece, no sin antes zanjar la cuestión aduciendo que hacía tiempo que quería tener un detalle con él.

Trastornado aún por el imprevisto, empieza Gamboa a recoger los documentos desperdigados sobre la mesa, apaga el ordenador y ubica la grapadora y las notas adhesivas en el lugar donde



acostumbra a encontrarlas cada mañana. Otra persona hubiera gritado por dentro, sonreído al menos ante el pequeño regalo, pero lo cierto es que Gamboa apenas se alegra. Es más, se podría decir que incluso le contraría la perspectiva de disponer de la tarde libre sin haber planeado nada, como si fuese incapaz de invertir ese oasis envenenado de tiempo que en la oficina habría transcurrido sin mayores sobresaltos. Se abre ahora un vacío en mitad de la jornada, y ha de llenarlo. Qué hacer.

En la acera, se frena nada más salir. A su izquierda el viento arrastra algunas hojas secas. A la derecha su mirada se topa con el luminoso intermitente de la farmacia. Un vecino en chándal pasea un yorkshire. Sin mucha decisión, toma el bus.

La mayoría de los asientos está libre. Tras un zigzaguo dubitativo, se deja caer frente a una madre de unos treinta años, con el pelo teñido de un rojo intenso, acompañada por su hijo, que tendrá unos cinco. El niño no para de hablar. «Tontolaba-tontolaba-tontolaba», repite en bucle.

Pero qué narices, ¿lo está mirando a él?

Aprovechando una nueva parada, se levanta Gamboa del asiento y se ubica en una posición más cómoda, junto a la puerta trasera. Delante, una dupla de jóvenes con pinta de salir a divertirse. ¿Adónde? No lo sabe, pero se apea tras ellos unas paradas más tarde. Los sigue incluso cuando cruzan la calle. Pocos metros tiene que recorrer hasta que lo conducen hasta un paseo bastante céntrico, con una zona peatonal central y árboles a cada lado.

Hay un calvo con un puesto de garrapiñados. Poco más allá, en la vertiente diestra, se alza un vetusto cine. La única película en cartel es *La intérprete* de Sidney Pollack, con Ni-

cole Kidman y Sean Penn. Se aproxima Gamboa para leer la sinopsis, tras lo cual no le queda muy claro si le apetece o no verla. En cualquier caso, tiene algo de tiempo para pensarlo: quedan veinte minutos para el comienzo y, de hecho, al tratarse del primer pase, la taquilla ni siquiera ha abierto. Cuatro o cinco personas remolonean disimulando por las proximidades, aguardando quizá para sacar una entrada. Uno de ellos, con gabardina y sombrero gris, parece recién salido de una película de gánsters de los años treinta.

Al cabo, se percibe cierto movimiento en la taquilla. Tres personas que barzoneaban por allí se concentran de súbito y forman una modesta cola. En ese momento Gamboa cae en la cuenta de que no lleva monedas, sólo un billete de cincuenta, de un tamaño desproporcionado tal vez para adquirir una entrada que no llega a cinco euros y que le hacen temer el rechazo del taquillero. Mientras espera su turno, comienza a sentirse culpable. Las sospechas se materializan cuando el hombre tras la ventanilla niega inflexible con la cabeza ante el billete anaranjado de Gamboa, al tiempo que percute con el dedo el mostrador: carece de cambio, y sugiere que Gamboa se acerque a un bar. Eso hace. Pero el caso es que cuando pone los pies en un bar cercano, se le quitan de golpe las ganas de ver la película, y da media vuelta sobre los talones ante los ojos perplejos del tabernero.

Regresa al paseo, que recorre hasta el final. En uno de los últimos bancos toma asiento. A los pocos minutos se sienta junto a él un joven con mochila al hombro que saca un cigarro y le pide fuego. Gamboa niega y se inicia una breve conversación. Lo que dicen, poco importa: el coloquio se prolonga sin abandonar el páramo de lo irrelevante. El tipo

charlotea demasiado y apenas le deja meter baza, y Gamboa acaba por urdir una mala excusa y se aleja de allí.

Mientras camina, pronto se descubre silbando una música triste, como poniendo una banda sonora a su existir. A veces, en los largos tiempos muertos en los que se pudre su existencia, Gamboa imagina cómo sería la película de su vida. No tarda mucho en concluir que a él ni siquiera le adjudicarían el papel protagonista. Como mucho uno de esos modestos secundarios que estorban más que otra cosa. Y aun así. En cualquier caso, se trataría muy posiblemente de una de esas películas lentísimas, monótonas y tediosas en las que no ocurre casi nada. Sí, una de esas cintas introspectivas con mucho silencio, y tal vez sin ninguna clase de música. El trabajo de un director principiante, de un hombre torpe sin mucho futuro en el séptimo arte, al que habría escrito el guion un recién salido de su primer taller literario y que, poco tiempo después, comprendería que la escritura no era lo suyo y acabaría, con suerte, vendiendo boquerones y sardinas en el mercado de abastos.

Como empieza a lloviznar, Gamboa se resguarda en una cafetería. Pide un café y lo traslada, con el periódico del día, a una mesa sin nadie. Mientras espera a que se enfríe, echa un ojo a las noticias. Se detiene en un titular que informa de la erupción de un volcán en Hawaii. No termina de leer la noticia porque se queda mirando la imagen que la acompaña, por desgracia en blanco y negro. Y decimos por desgracia porque los volcanes le producen a Gamboa una fascinación irresistible. La palabra en sí ya le evoca cosas inenarrables. Alguna vez ha fantaseado con la posibilidad de vivir junto a uno, de dormir en una habitación con vistas no al mar ni a la sierra, sino a un volcán. Qué bonito. Decir: abre

un poco la ventana. ¿Esta? Sí, la que da al volcán. Asomarse a la terraza y ser inundado por la grandiosidad del flamígero mastodonte, que tendría un nombre bonito, sonoro. Kilauea, por ejemplo. O Krakatoa. Si alguna vez pusiera una cafetería, cosa que por cierto no tiene intención de hacer, Gamboa piensa que la llamaría Krakatoa. Habría fotos de cráteres en erupción por las paredes, imágenes por las que correría la lava, de un naranja intensísimo. Y, ante todo, si alguna vez montase una cafetería, le pondría un café templado a quien pidiera un café templado, y no incandescente. Así nadie podría quejarse de que la temperatura de los cafés del Krakatoa rivaliza con la del magma de las paredes. Pero esa es otra historia. Un local con imágenes que incendiaran la imaginación de los niños. Porque los niños, o al menos la clase de niño en la que Gamboa piensa, también se sienten fascinados por la tierna intimidad de los volcanes, como decían los versos de un poeta cuyo nombre no acierta a recordar. Ante todo, no haría calor en verano, el local se hallaría acondicionado. Es decir: no sería un concepto opuesto al de *ice bar*, un lugar donde la gente charlaría en bañador o bikini en un verano eterno, radiante. No.

Gamboa prueba un sorbo del café y aparta un poco el diario. Sus pensamientos lo siguen llevando a territorios ex-céntricos.

En un momento dado, atisba la presencia en una mesa cercana de una joven increíblemente hermosa. Algo se le derrite en el pecho, y no debido precisamente a la temperatura del café. Es una de esas mujeres que nunca, bajo ningún concepto, debe entrar a un *ice bar*, se dice Gamboa: sería la ruina, supondría el deshielo, un rugido instantáneo de bloques quebrándose y retorciéndose impotentes ante la subida

abrupta de la temperatura. Ella entraría al *ice bar* y todo el mundo tendría que salir de allí nadando.

Dada su notable fragilidad ante la belleza, y su pobre condición de enfermizo solitario, decide Gamboa que lo más prudente, lo menos dañino (porque es una de esas bellezas que duelen), será marcharse del bar. Llegado a este punto, le faltan ganas para seguir vagando por las calles sin saber qué hacer, así que decide comprar algo de comer en el súper (lechuga, unos plátanos, atún, pan, frutos secos) y regresa a casa.

Algo excepcional le ocurre de camino. Mientras recorre una calle peatonal atestada de gente —el piso algo húmedo por la reciente llovizna—, distingue con toda claridad, sobresaliendo del murmullo general, una voz de mujer que pronuncia su nombre. El sonido arriba desde corta distancia, de manera que no hay duda de que el saludo, cuyo emisor no logra identificar, va dirigido a él. Se gira tan pronto como cae en la cuenta, pero sus ojos no atisban ninguna presencia conocida entre la uniforme multitud, cuyo tumulto vuelve a imponerse en sus oídos.

Mientras cierra la puerta de casa, aún late en su conciencia esa voz casi fantasmal. Concluye Gamboa que el tono en que su nombre ha sido pronunciado resulta verdaderamente cálido, cercano (una pena que aquella persona pasara de largo), y por un momento se deja abrazar por una tibia sensación de bienestar, a la que se aferra.

En silencio prepara Gamboa su cena de solitario, como en esas películas sin música en las que imagina que podría traducirse su vida. Cuando empieza a comer, no obstante, enciende la televisión. Pero en realidad mastica sin prestar ninguna atención a las imágenes que se suceden ante sus ojos

(al día siguiente, de hecho, habrá olvidado si lo que miró fue película, programa de entrevistas o partido de tenis), abstraído en pensamientos que lo arrastran a la deriva.

De pronto algo lo saca del ensimismamiento, y son unas voces festivas en el piso de arriba cantando —qué casualidad— cumpleaños feliz. Qué extraña coincidencia —se dice Gamboa—, los vecinos de arriba también están de cumpleaños.

Mientras dura la canción, Gamboa deja de masticar, atento a los matices y variaciones de la amalgama de voces que filtran las finas paredes. Cuando termina en aplausos, se mantiene unos segundos inmóvil quizá por inercia, al término de los cuales se da cuenta de dos cosas: la primera, que la boca, aún con lechuga, se le ha llenado de saliva; la segunda, que está llorando.

Quizá por efecto de las lágrimas, se le va el apetito: devuelve al plato la bola de comida y acude a arrojar los restos a la bolsa negra de la basura orgánica. Una vez recogida la mesa, prueba a sentarse en el sillón, pero pronto lo invade una necesidad irrefrenable de cobijo. Se lava los dientes, se embute el pijama y se acuesta. La cabeza la esconde, como avestruz, bajo las sábanas y la manta, y se coloca en posición fetal. En el cumpleaños del piso superior han puesto ahora música, a un volumen no demasiado alto como para que resulte molesto, pero tampoco demasiado bajo como para que Gamboa perciba el ruido de su respiración bajo las sábanas.

Transcurren diez minutos, veinte, una hora. Gamboa, que lleva cinco años viviendo en ese piso, durmiendo en ese colchón que con ninguna chica ha compartido, no consigue quedarse dormido. Una desazón incipiente le remueve las tripas, lo lleva poco a poco a distanciarse y observarse a sí

mismo con algo de lástima: alguien que sigue perdido cerca ya de la treintena, un prematuro carcamal casi sin amigos, que ni siquiera sabe cómo divertirse el día de su vigésimo séptimo cumpleaños.

En lugar de flagelarse mentalmente, como otras veces, inicia de forma súbita un tímido cambio de rumbo. Escapa entonces de las sábanas, se vuelve a vestir y sube las escaleras hasta el piso de arriba.

Mientras asciende los peldaños, en una oscuridad clandestina, Gamboa considera el punto de inflexión que supondrá en su vida en aquel bloque, en aquella comunidad, lo que se dispone a hacer. Las posibles consecuencias desagradables, sin embargo, no lo frenan en su impulso. Ante la puerta que se superpone exactamente a la de su vivienda, llama al timbre.

Dentro se sigue oyendo música. Ha de insistir. Abre una chica más bien baja con una peluca rosa, *piercing* en la nariz y gesto interrogativo.

—Soy el vecino —se apresura a explicar Gamboa—, el vecino de abajo. ¿Tendrías un poco de ajo?

La chica de la peluca ahonda con un arqueamiento de cejas la interrogación de su gesto. Dándose cuenta del desafortunado pareado que le ha salido sin pretenderlo, Gamboa a punto está de ruborizarse. Pero continúa:

—Ya sé que suena raro, ajo a estas horas. Bueno... —se detiene—, conviene que sea sincero. O igual no, pero otra cosa mejor no se me ocurre. Vivo justo debajo, y he oído la música... No, no vengo a amenazaros con llamar a la policía por el volumen, tranquila, nada de eso. Es sólo que hoy ha sido también el día de mi cumpleaños. Ya sé que es un poco patético, pero estaba solo en casa, aburrido, y me preguntaba si querríais invitarme a una copa.

La chica de la peluca no sabe muy bien qué hacer, pero pronto se acerca alguien desde dentro y pregunta qué pasa, asomando la cabeza por el vano de la puerta.

Gamboa se percata de que se trata de un rostro familiar, una de las inquilinas —estudiante— con la que lleva curso y pico cruzándose en las zonas comunes sin apenas intercambiar palabra.

Profiere ella un grito de júbilo, Gamboa sonrío y, sin saber cómo, es arrastrado hacia el centro de la fiesta, quizá ayudado por el hecho de que ella recuerda haberse tropezado a menudo con Gamboa en el portal y, tal vez en mayor grado, porque salta a la vista que va bastante colocada. Por otra parte, la apariencia de Gamboa, con su cara de estudiante aplicado, resulta inofensiva y no muy distante en edad a la de los universitarios allí congregados. Él, a diferencia de ellos, nunca pisó la facultad: se sacó la FP de administrativo después del bachillerato y pronto entró en el mercado laboral. Tampoco, a diferencia de ellos, ha celebrado nunca entre amigos una fiesta de cumpleaños, desde que era niño.

El salón se divide en varios grupos: los que, micrófono en mano, cantan frente al televisor; los que se entretienen con un juego de mesa mientras se pasan un porro, y los que conversan echados en el sofá sosteniendo vasos de tubo de plástico. No son tantos en total.

Resulta que la chica que lo ha introducido en la fiesta, su vecina, es la que cumple años. Le sirve un whisky a Gamboa y se revela, quizá debido al alcohol, una persona bastante comunicativa. Pronto conoce Gamboa que cumple veintidós, estudia Bellas Artes y el año que viene estará de Erasmus en Berlín.



De las paredes, en efecto, cuelgan algunos cuadros que, tras pregunta de Gamboa, le confirman que los ha pintado ella. Se suceden algunas conversaciones intrascendentes, risas en grupo (hay un tipo con coleta con verdadero arte remedando la voz de celebridades diversas) y algún ofrecimiento de cigarrillos que Gamboa rechaza. Consciente de la diferencia de edad y de su presencia intempestiva, decide marcharse. Les agradece la hospitalidad, a sabiendas de que su visita un tanto kamikaze podría haberse saldado con un portazo en las narices. La chica del cumpleaños lo invita a subir de nuevo si le hace falta cualquier cosa, y él le desea una fructífera estancia en Berlín y la felicita por sus pinturas. Quizá por efecto del whisky, no se arrepiente de haber tenido la osadía de colarse en la fiesta. Al despedirse, el chico de la coleta lo sorprende con uno de esos abrazos lo suficientemente prolongados como para enraizar en el otro.

Sin más dilación sale del piso y baja las escaleras hasta su casa. Aunque por momentos se ha sentido torpe, se descubre pensando, a pesar de todo, que no está tan lejos de ellos, tan lejos de la vida y que, si se esfuerza lo bastante, hay tiempo para reducir esa distancia que por momentos se antoja terrible, desoladora. Mientras se dice que no todo está perdido, entre las sábanas, en los momentos previos al sueño, continúa oyendo la algarabía en el piso de arriba, finalmente casi como un murmullo con el que, al cabo, se va quedando dormido. En los momentos en que empieza a sucumbir a las artes de Morfeo, mientras su conciencia se va desenroscando de la lucidez de la vigilia como un helicóptero siniestrado, girando y precipitándose en caída libre hacia el océano, aún pueden distinguirse —lejanos— los ecos de la fiesta.

**MI**e costará olvidar la escena en aquel cine de Bolonia. A los diez minutos de metraje, un anciano ubicado en las filas traseras montó en cólera por el ruido inadmisibles que, a su juicio, yo producía masticando palomitas. Me pareció una reacción desproporcionada, e hice además de girarme para entrar al trapo. Mi prima, que llevaba tres años en Italia, me disuadió con un codazo desde la butaca contigua. Por señas me emplazó a una posterior explicación, al tiempo que me arrebató el cubo de palomitas casi lleno. Yo la miré desconcertado.

De vuelta a casa comenzó a explicarme que aquel hombre, durante veinte años alcalde de la ciudad, padecía de Alzheimer. Gracias a su gestión, Bolonia se había transformado en lo que hoy era. Querido por mucha gente, recordado por todos, él ya no conseguía acordarse de nadie. Pese a todo, conservaba la costumbre de ir al cine. Agradecida,

la gente por lo general lo respetaba de forma primorosa. Las películas que miraba —sin comprender enteramente— caían pronto en las manos insaciables de la desmemoria, pero él aguardaba las salidas cinéfilas como uno de los pocos alicientes de su rutina.

Agradecí a mi prima que frenase mi conato de respuesta en mitad de la película. Una vez contextualizada, la bravata de aquel hombre podía resultar hasta entrañable, aunque muy triste. Le pregunté si la familia se molestaría en caso de que yo contase aquella historia. «No puedo garantizarlo», dijo encogiéndose de hombros, acaso algo indiferente ante mi manía de ponerlo todo negro sobre blanco. Luego calló unos segundos, como las radios de esos coches que se internan en un túnel de kilómetro y medio.

**FUERA  
LUGAR**

Los ecos de la fiesta .....	13
Adepto del celuloide .....	23
Narciso .....	25
Cielo anubarrado .....	26
La prosa gélida del BOE .....	38
La muerte .....	40
Conflicto de intereses .....	44
Carreteras perdidas .....	46
Literatura .....	57
Fonofobia .....	59
Bolaño estuvo aquí .....	61
Con el pie cambiado .....	81
Contagio .....	83
Nunca lo había visto así .....	84
El licenciado tachuela .....	87
La moneda de euro .....	90
Acto administrativo .....	100
Un narrador insultante .....	102
La vida .....	103
No me vengan con frases motivacionales .....	113
¿Sueñan los académicos con leer un superventas? .....	115
En el atolladero .....	117
Simplificación .....	127
En vía muerta .....	128
Tanta belleza .....	144
Sequía .....	146
Ágrafo fatal .....	149
Enésimo intento .....	151
Misericordia .....	173
El autor: <i>Jesús Artacho</i> .....	183



IMPRESO EN MÁLAGA, ESPAÑA.

PRINTED IN MALAGA, SPAIN.

IMPRIMÉ À MALAGA, ESPAGNE.



# FUERA DE LUGAR

elvo  
EDITORIAL  
NARRATIVA